

RESEÑAS

Jorge Ibarra. *Cuba: Clases sociales y partidos políticos, 1898-1921*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1992. 478 p.

La historiografía cubana del período revolucionario ha incursionado de manera escasa en la época presente y en sus antecedentes inmediatos, lo que califica convencionalmente como neo-colonia. En este reciente libro, Jorge Ibarra realiza una notable contribución, al abordar la historia política de los años que comienzan con la ocupación militar de Estados Unidos tras la declaración de guerra a España. Cabe apuntar que aquí se articulan dos presupuestos de la tarea historiográfica: la originalidad derivada de la riqueza de fuentes y el sustento del discurrir narrativo y de las explicaciones en una sistematización teórica aplicada. Para el autor, existe una homogeneidad temática en el período tratado, la cual se manifiesta en claves estructurales y de los *modus operandi* de las clases sociales, sobresaliendo en lo último la relación de éstas con el sistema de partidos y el Estado. A ese respecto, la obra está estructurada teóricamente alrededor de un restringido número de supuestos que conforman una aproximación comprensiva de la formación social en la época, centrada en las peculiaridades de las principales clases sociales.

Las clases sociales, en la Cuba de las primeras dos décadas de este siglo, son consideradas a través del supuesto fuerte de que su conformación y las prácticas subsiguientes registran desviaciones decisivas respecto a las funciones que en principio le están supuestas. Podría objetarse que en el esquema explicativo de Ibarra subyace una variante de "tipo ideal" que, sin embargo, se imputa a una realidad dada que cobra una suerte de status normativo de análisis socio-históricos. En este problema está involucrada toda formulación de categorías para el análisis, y, de hecho, el reproche puede extenderse a la generalidad de la producción de cierto marxismo, erróneamente calificado de ortodoxo. Ahora bien, lo que vale, al margen de planos de discusión teórica, es que Ibarra acude a herramientas conceptuales que permiten el logro de un cuadro exhaustivo de las especificidades de la sociedad bajo estudio. El registro de la desviación no pasa de constituir un punto

de partida de capítulos determinados en que se comprenden campos de acción de clases, sectores de clases, otras categorías sociales (como los grupos étnicos y nacionales), partidos políticos, movimientos sociales y coyunturas. Ibarra no se limita a constatar vacíos sino que procede a integrarlos como claves de situaciones y problemas. El rango de categorías con las cuales emprende tales análisis se adscriben en principio a un marxismo convencional; pero, en la práctica, la búsqueda de la explicación de la especificidad permite trascender ese campo, aun cuando no siempre aparezcan las categorías correspondientes explicitadas. En ningún caso en esta obra el marxismo aparece como camisa de fuerza reductiva, sino como teoría metodológica o herramienta para el acceso a lo real. En fin de cuentas, el tramado de Ibarra es fecundo porque pone de relieve mecanismos de reproducción de la sociedad cubana de entonces e, incluso, contribuye agudamente a proveer fórmulas para pensar la historia cubana en su integridad; puede afirmarse que tiene esto en vista, al proceder a recuperar deliberadamente antecedentes de largo plazo de la revolución de Sierra Maestra.

Seguramente, el punto clave justificativo de este proceder se encuentra en el hecho de que la sociedad colonial se había reproducido sobre la base de facetas societales que retrasaron la formación de las clases características del mundo moderno. Bajo la dominación española éstas se hallaban en estado de pasividad política y escasos deslindes estructurales, de manera que la historia independiente temprana habría estado condicionada por vacíos cruciales. En primer término, como resultado de la guerra de independencia y de las conformaciones tradicionales de la sociedad colonial, Ibarra constata la cuasi-inexistencia de una burguesía cubana en los inicios de la República. De ahí registra la proveniencia de tendencias de la política y la sociedad: por una parte, la excepcional capacidad de penetración del imperialismo, finalmente aceptada por el incipiente estamento político dirigente conformado sobre todo por altos rangos de los "mambises"; esto incluía una escalada sostenida del capital extranjero. En segundo lugar, se prolongaba la supremacía de la burguesía española, no obstante el hiato que la separaba de los políticos que habían copado el estado cubano. Y, justamente, la ausencia de una base social en el estamento político dirigente determinó una relación capital: el aburguesamiento endeble, por vías administrativas reguladas y de la corrupción, de altos rangos del ejército libertador que quedaban en diversas instancias de autoridad, desde las locales hasta las nacionales. Estos recién llegados, no obstante, no llenaban el vacío de una burguesía local. El corolario no era otro que la tendencia a un déficit clasista dirigencial y de legitimidad del sistema político, no obstante el origen de sus portadores en la lucha por la independencia.

Pero, desde el ángulo de las otras clases, se encontraban equivalentes un tanto similares. En el caso de la clase trabajadora, señaladamente,

destaca su heterogeneidad étnico-nacional, tanto por las divisiones raciales como por la presencia de contingentes apreciables de trabajadores españoles y antillanos (haitianos y jamaquinos). En el movimiento obrero se presentaba la peculiaridad de que sus rangos más organizados y radicalizados disponían de una presencia española decisiva, lo que coadyuvó a que el anarquismo deviniese en el instrumento principal de una plataforma clasista revolucionaria. Ahora bien, tanto por el origen español predominante de los anarquistas como por su contextura ideológica, éstos se negaron obstinadamente a valorar el problema nacional. Por otra parte, entre los españoles surgió una equivalencia de "aristocracia obrera", que los distanciaba de sus congéneres cubanos. El resultado que registra Ibarra es un reverso de la dominación estatal: la incapacidad hegemónica de la clase obrera sobre el pueblo nación visto en su conjunto.

Así, el cuadro esbozado es el de una crisis hegemónica permanente, sobre la cual se sucedieron trasiegos políticos y movimientos sociales, se desarrolló el capitalismo anómalo y surgieron los agentes que escenificarían los capítulos subsiguientes de la historia cubana. El rápido desarrollo del sector azucarero acaecido en esas décadas apenas se acompañó de consecuencias societales que aseguraran una futura capacidad de reproducción del orden. De manera que, sobre la base de estas soluciones trucas, se fue esbozando la emergencia de fuerzas de otros calibres, las cuales llevarían a cabo la Revolución de 1933, "ensayo general" de la de 1959.

Roberto Cassá